

ARTICULO IV.

Estado de la Iglesia en las diferentes partes del mundo christiano.

La iglesia de Oriente se vió expuesta en todo el siglo octavo al fuego de dos persecuciones violentas, ocasionadas la primera (que no fué la ménos cruel) por los emperadores mismos, unos monotelitas y otros iconoclastas, la qual causó males de una nueva especie á Constantinopla, en donde estuvo inconstante muchas veces la fe de los patriarcas y abatida su dignidad, y asimismo en lo restante del imperio, en que el orden monástico estuvo á punto de recibir los mas indignos tratamientos: la segunda por los príncipes musulmanes y por los executores de sus deseos, que ordinariamente hacen mérito, ó en ponderar las órdenes crueles de sus amos, ó si no en el modo de ejecutarlas. Vamos á dar una idea de la triste situacion á que se hallaba reducida la sociedad christiana por el conjunto de tantas circunstancias molestas en aquellos mismos países donde ántes habia estado tan floreciente: y para poner mas en claro la narracion, distinguiremos lo que la trabajaron los príncipes christianos, de las vexaciones que le causaron los soberanos infieles con su fanatismo.

Apénas comenzaba la Iglesia á tener algun descanso despues de la violenta tempestad del monotelismo, quando Filípico, sucesor de Justiniano II. en el trono de Constantinopla, abrió de nuevo la herida aun no cerrada de esta heregía. Le habia predicho un monge de aquellos que se habian declarado contra el dogma antiguo de las dos voluntades, que llegaria á ser emperador, y le habia obligado á jurar que despues de su elevacion habia de poner en práctica quanto conduxese á abolir el concilio sexto; y habiendo tenido efecto algunos años despues la prediccion del monge, cumplió fielmente Filípico la palabra de observar su horroroso juramento. Pues no contentándose con perseguir al clero de la ciudad imperial, y con haber puesto en la silla de Constantinopla á un patriarca imbuido en los mismos errores que él, despachó á Roma oficiales encargados de su orden para obligar al papa á subscribir las actas de un conciliábulo, en que habia hecho pro-

nunciar la condena de la verdad y del sínodo universal en que habia sido consagrada por una definición canónica. Pero por la firmeza del papa Constantino y del clero romano salió infructuosa esta tentativa, y quedó el Occidente preservado del contagio de un error, cuyas funestas influencias experimentaba el Oriente tanto tiempo habia.

La borrasca fué pasajera, porque al cabo de dos años de reynado perdió Filípico el cetro y la vida en una conspiracion que se levantó contra él; pero bien presto se originó otra borrasca de tanta duracion y tan terrible, que acabó de colmar la desolacion en toda la iglesia Griega. El instrumento de que Dios se sirvió para probar á los fieles, y punir á los que por su poca inclinacion á la fe y por una vida relaxada ó escandalosa estaban reducidos casi solamente al nombre de christianos, fué el emperador Leon IV. de sobrenombre Isauro, príncipe impetuoso en sus deseos, obstinado en sus intenciones, implacable y cruel en sus venganzas, por haber declarado una guerra abierta á las santas imágenes y á todos los que se negaban á concurrir con él en la abolicion de su culto de ellas. Desde que manifestó su ojeriza, y dió sus primeras órdenes para hacer pedazos la cruz y las estatuas, para romper los cálices y demas vasos sagrados, y borrar las pinturas en todas las iglesias, en nada se detuvo, ni hubo exceso á que no le haya llevado su furor: los destierros, los castigos, las afrentas, los suplicios, y hasta la misma muerte le parecian penas insuficientes para castigar el crimen de los que él llamaba *iconolatrás* adoradores de imágenes confundiéndolos con los paganos. En el artículo de los iconoclastas veremos cuántos males causó el encaprichamiento y enagenacion en que puso su falso zelo á este príncipe. Basta decir aquí, que durante un reynado de veinte y quatro años no cesó de atormentar á los pastores y á los monges, de derramar la sangre de los christianos, y de ejercer contra la Iglesia una persecucion comparable á las que encendieron en los primeros siglos los protectores de la idolatría, quando intentaron aniquilar el christianismo en su cuna. Esta situacion violenta de la religion continuó en los reynados sanguinarios de Constantino Coprónimo y de Leon Chazaro, hasta que Irene, aquella muger tan conocida por sus grandes qualidades como por sus delitos, tomó en su mano las riendas del gobierno, como tutora de

Constantino Porfirogeneto su hijo, que es decir, hasta que la sociedad christiana, turbada y despedazada por los que habian de haber sido sus protectores, no vió disminucion alguna en sus calamidades sino hácia el año de 780.

Los sarracenos, enemigos de toda religion que no sea la suya, no perdonaban por su parte á los christianos, porque los veian perseguidos por sus propios soberanos. Sin contar el número infinito de víctimas que sacrificaron á su fanatismo y ambicion en la guerra, casi continua, que hicieron á los emperadores, cuántos dexó de sacrificar el zelo entusiasta y cruel que los animaba en todas las partes del Oriente que corrieron como vencedores? En tiempo de los califas no habia medio entre el Alcoran y la muerte: pues aunque los príncipes que sucedieron despues se mostraron mas humanos, y el no ser sectario de Mahoma se pudo componer con pagar un tributo, todavía el zelo del proselitismo, que aun no se habia desvanecido del todo, inventó mil modos de atraer los christianos á la ley musulmana. Los que abandonaban el culto de Jesu-christo eran recompensados magníficamente; padecian toda suerte de vexaciones los que se mantenian fieles á su culto, se les aumentaba el tributo, se hacian nuevas tasas, y sin dilacion se exígian las pagas, se saqueaban las iglesias, y se apoderaban de ellas, convirtiéndolas en mezquitas: los christianos estaban privados de todos los derechos de la sociedad, los pastores salian desterrados, y los monges eran echados de los santos asilos en que estaban encerrados para servir á Dios en comunidad, y aun pareciendo muy suaves muchas veces estos modos, y que no producian el efecto deseado, se recurria á los malos tratamientos y á los suplicios. Seria difícil calcular justamente el número de los fieles que el cuchillo de los musulmanes puso en el número de los mártires, pues no seria maravilla que estos bárbaros conquistadores sacrificasen á todos los christianos que habian hecho prisioneros en las ciudades tomadas y en las batallas, ni que degollasen á comunidades enteras compuestas de centenares de monges ó de monjas. Algunas veces confiaban sus órdenes crueles á los judíos, enemigos implacables de los christianos. Lo cierto es que de todos los sucesores de Mahomet, exceptuando á Omar I., no hubo uno que no haya hecho punto de religion y mérito para con los musulmanes el emplear la fuerza y el rigor en la

extension del eslamismo con menoscabo de la religion christiana: y estos fueron para el mismo fin los principios y conducta de todos los califas. Por otra parte la preocupacion de la religion tan eficaz sobre el corazon de los entusiastas y su aversion á los christianos se habia hecho fuerte en el ódio que habian jurado á los emperadores, cuyos exércitos se componian de christianos. Almanzor y Al-Raschid, aunque filósofos y protectores de las letras, no hicieron á los christianos de su dominacion una guerra ménos viva ni ménos cruel que los otros príncipes musulmanes, porque estaban animados del mismo espíritu que ellos; y ni la filosofía ni el amor de las letras habian templado en su alma aquel zelo destructor, que parecia inspirado por Mahoma á todos los que abrazaron su religion. De este modo estaba la sociedad christiana agitada en el tiempo de que hablamos de todas las maneras capaces de alterarle su felicidad y sosiego en todas las partes del Oriente, sin pasar un dia en que no experimentase alguna nueva pérdida.

Entre tanto que los reyes de Lombardía y los exárcos de Ravena se hacian la guerra, los unos por extender su dominacion, y los otros por conservar á los emperadores la sombra del poder, que aun cubria algunas porciones de Italia, no tenian los papas otro cuidado que preservar á Roma y los campos vecinos que formaban el patrimonio de la Iglesia. Tiempo habia que los príncipes lombardos miraban como principal objeto de su ambicion el hacerse dueños de la capital del mundo christiano, y á este fin habian dirigido todas sus empresas militares. De este número fueron Luitprádo, Astolfo, y Didier y otras cabezas de la nacion que les habian precedido, y siguieron el proyecto con un ardor enteramente extraño sin olvidar cosa que conduxese á su logro, cuya execucion cesó de parecer dudosa, quando el segundo de estos príncipes hubo destruido el exárcado y el poder de los emperadores griegos en Italia por la toma de Ravena, que era el único baluarte que ellos tenian. Pero los papas unidos á los intereses del senado y del pueblo hicieron de concierto con ellos todo lo que las circunstancias pedian para poner la ciudad en estado de defensa. Repararon los muros, les agregaron torres, y fortificaron los parages mas indefensos y arriesgados, creyendo que no podian em-

plear en mejores usos los tesoros de la Iglesia. Por dicha de los romanos ocupaban en estos tiempos borrascosos la santa silla unos pontífices, que á las virtudes que pedía el puesto que llenaban, unian el don de gobierno y policía. Tales fueron Gregorio II., Gregorio III., Zacarías, Esteban II., y mas que todos Adriano I., cuyo elogio se hizo quando hemos dicho que fué amigo de Carlo Magno durante su vida, y el objeto de sus lágrimas despues de su muerte. Pero no se aquietaban tanto con las precauciones que la prudencia humana sugiere, que dexasen de poner tambien los medios que sugiere la piedad. Ordenaron muchas veces rogativas públicas, ayunos, procesiones acompañadas de cantos lúgubres y penitentes, y se presentaban en estos piadosos ejercicios delante del pueblo con las señales mas edificantes de compuncion, animándole á aplacar el cielo con sus buenas obras. Mas de una vez se adelantaron al campo de los enemigos en el aparato mas humilde, seguidos de toda la clerecía, y en forma de suplicantes á pedir á Astolfo y á Desiderio que conservasen una ciudad que debian honrar como christianos. Pero por mas eficaz que sea el imperio de la religion para con los hombres, ordinariamente es mas fuerte el de la ambicion, y todo lo sacrifican los príncipes quando estan dominados de ella. Los reyes lombardos ni cedieron á las súplicas de las cabezas de la Iglesia, ni se humillaron delante de ellas, ni apreciaron las amenazas que les hacian de parte de Dios, que castiga á los opresores despues de haberlos hecho servir á los designios de su justicia.

Los papas, que se consideraban como encargados personalmente de los intereses de la patria, pusieron sus miras en la Francia, en donde la providencia les habia procurado un poder capaz de protegerlos en las coyunturas peligrosas en que se veian. Volaron á su voz Carlos Martel, Pepino y Carlo Magno al socorro de Roma y de Italia. Luitprando, Astolfo y Didier, oprimidos con las armas de estos príncipes que arreglaron el destino de la Europa en todas partes, por evitar las desgracias que les amenazaban, les concedieron lo que habian negado á los ruegos de los pontífices. Los ambiciosos solo se creen obligados á cumplir los tratados y promesas en el peligro que no pueden evitar: esta era la máxima de los príncipes lom-

bardos, y la siguieron, ya volviendo á las hostilidades, quando les pareció que no habia nada que temer, ya disfrutando la execucion de sus empeños. Los pontífices tornaron á implorar la proteccion de los príncipes franceses, escribiéndoles cartas muy patéticas; y el uno de ellos, que era Esteban II., pasó en persona á solicitar á Pepino que repasase los Alpes, y fuese á castigar las infidelidades de Astolfo, quien con nuevos pretextos se negaba siempre á cumplir las condiciones que le habia impuesto el vencedor. Finalmente, irritado Carlo Magno de las nuevas infracciones en tiempo de Adriano I., pasó él mismo á sitiar á Desiderio, último rey de los lombardos, en Pavía su capital, y á dar el último golpe en esta monarquía que habia subsistido mas de doscientos años en Italia. De este modo conservaba siempre su antiguo lustre la iglesia de Roma, aunque turbada en el uso de sus bienes temporales por la política y ambicion de los soberanos que reynaban al otro lado de los Alpes; y lo que es mas, iba aumentando un nuevo esplendor por las posesiones que recibia de la mano liberal de los reyes de Francia.

En tiempo de los príncipes, tan magníficos por su piedad para con la primera iglesia de la christiandad, no podia la religion dexar de estar floreciente en sus propios estados: no obstante, la iglesia de Francia tuvo que sufrir muchas turbulencias civiles con que el estado se veía continuamente agitado, y muchos desórdenes que de ellas se seguian, principalmente en la administracion de Carlos Martel. Este maire de palacio se halló con el poder y ambicion de su padre Pepino de Henstal; pero no heredó su dulzura y moderacion, pues entregado todo á la guerra, en que era tan hábil como infatigable, solo apreciaba la profesion de las armas, y no hacia beneficio alguno sino á los militares, que fueron los primeros que siempre tuvo á la vista. Si estas disposiciones, que pasaban por qualidades estimables, y aun necesarias en las circunstancias en que se hallaba Carlos Martel, no hubieran servido mas que para hacerla indiferente al clero, el órden exterior, y la disciplina nada hubieran tenido que padecer: pero no contento con valerse poco de los eclesiásticos, porque los contemplaba inútiles para sus fines, los despreció abiertamente por sus ocupaciones pacíficas. Les violó sus privilegios, los despojó de sus bienes para enriquecer á los

compañeros de sus hazañas guerreras; y privándolos de la estimación personal de que habian gozado en la opinion del pueblo, les quitó tambien la que era necesaria al buen éxito de sus trabajos en el órden de las costumbres y de la fe. Y quando la Iglesia y el estado estuvieron igualmente en peligro por la invasion de los sarracenos, que habiéndose esparcido al otro lado de los Pirineos despues de la reciente conquista de España, ya habian asolado todas las ciudades por una parte hasta el Loire, y por otra hasta el Sena; la política y el valor obligaron á Carlos Martel á la empresa de lo que no hubiera hecho sin duda por solo el motivo de la piedad. Cesaron las quejas particulares: habló solo el bien de la patria: y los sarracenos, atacados, vencidos, perseguidos, se vieron en la necesidad de ocultarse detras de las montañas, que parecia que la naturaleza les habia puesto por barrera á sus conquistas en Europa. Sin embargo causaron sus correrías, hasta el momento en que Martel se armó para detenerlos, grandes males á las iglesias que se hallaron al paso. Robaron todo lo mas precioso que habia en los templos y monasterios, y profanando ó destruyendo todo lo mas sagrado de la religion, los baptisterios, las reliquias y las pinturas santas, hicieron un número casi infinito de mártires. Pero la ocasion que los fieles tienen de sufrir por la verdad, se convierte en gloria de la Iglesia; y así á la sangre christiana que derramaron los musulmanes se debe atribuir sin duda el mérito de los tiempos felices en que la religion ilustró el dichoso reynado de Carlo Magno.

Habiéndose apoderado de España los sectarios de Mahoma, se dexa conocer que el estado de la Iglesia en esta parte del Occidente todavía fué mas deplorable que en Francia, en donde no estuvieron de asiento. Todas las ciudades que habian reconocido el poder de los godos se vieron precisadas á recibir la ley de estos feroces vencedores, que causaron todas las asolaciones de que el fanatismo y la embriaguez de la victoria podian hacer capaces á unos bárbaros que no conocian otro derecho que el de la fuerza. Los hombres consagrados á los altares fueron los primeros objetos de su furor, porque sabian que el medio mas seguro de abolir una religion que aborrecian, era hacer perecer á los ministros, bien que con el

dinero se alcanzaba, como por una especie de salvaguardia, alguna vez de los generales, y aun de los príncipes, el libre exercicio del christianismo, como se ha visto en muchas catedrales, y muchos monasterios conservados á este precio. Y así se mantuvieron la sociedad christiana, y la sucesion de los obispos en un gran número de ciudades con el aumento del tributo, que no era igual en todas partes, porque dependia del capricho y de la codicia de los gobernadores. Este tributo, segun los historiadores, era un peso de plata de veinte pesetas para las simples iglesias, de cincuenta para los monasterios, y de ciento para las catedrales. Pero esta suavidad, sujeta á variaciones continuas y al arbitrio de unos dueños inconstantes, avaros y crueles, no fué bastante para que la iglesia de España dexase de estar durante este siglo en una dura opresion. Las ventajas que el famoso Pelayo rey de Asturias, y sus sucesores tuvieron muchas veces sobre los árabes, daban á estos nuevos motivos de perseguir á los christianos, y de vengar en ellos la sangre de sus hermanos. De esta manera no podia la religion recibir consuelo por un lado sin recibir la afliccion por el otro, y se regaban con lágrimas todos los laureles de los príncipes armados para su defensa.

Con los santos personages que la Inglaterra habia formado en el siglo precedente, y tuvieron su gloria en éste, contribuyó á apagar el cisma de las iglesias de Irlanda y de Escocia con motivo de la Pascua, continuando en dar á la Iglesia grandes exemplos de virtud, y á las naciones vecinas apóstoles, que se aplicaron con un zelo infatigable á destruir los restos de la idolatria. Estaba floreciente allí la vida monástica, tanto, que la mayor parte de las iglesias episcopales no tenían otra clerecía que los monges. Desde el tiempo de san Agustín de Cantórberi salieron grandes lumbreras de estos preciosos retiros: salieron tambien otras nuevas que resplandecieron en el siglo octavo á pesar de las tinieblas que le cubrian por todas partes. La mas relumbrante fué san Bonifacio apóstol de Alemania, á quien daremos á conocer en adelante. La iglesia de Inglaterra debió la conservacion de su lustre y de su fervor á la comunicacion que no cesó de tener con Roma. Desde el tiempo de san Gregorio el Grande todos los que querian perfeccionarse en la ciencia eclesiastica y en la piedad, se iban á la

capital del mundo christiano, y despues de haberse instruido en el mismo centro de la fe volvían á ilustrar su patria. Y llegó á ser tan general este gusto que se trocó en práctica de devocion, dexando los abades sus monasterios, los obispos sus iglesias, y hasta los reyes sus estados, por ir á visitar el sepulcro de los apóstoles. Entre los pequeños soberanos que formaban la heptarquía se cuentan en este siglo hasta tres, que habiendo emprendido la peregrinacion á Roma por la piedad, dexaron el trono y abrazaron el estado monástico. Estos fueron Conrado rey de Mercia, Ofa rey de los saxones orientales y Ina de los occidentales, que fundó un colegio de ingleses en Roma, y para su manutencion creó el impuesto, que se llamó despues el dinero de san Pedro. Otro Ofa, rey de Mercia como el primero, hizo tambien un viage á Roma en el pontificado de Adriano para aquietar los remordimientos de su conciencia, y obtener del papa la remision del crimen que habia cometido en haber mandado quitar la vida á traicion á Erelberto rey de Estanglia.

Los primeros misioneros que llevaron la luz de la fe á la Frisia, hoy la Holanda, salieron de Inglaterra, y la conversion de los pueblos que habitaban aquel terreno de la parte de acá y de allá del Rin, la habia comenzado san Wilfrido en el siglo sexto. Otro ingles, llamado Vicberdo, tambien se habia dedicado á esta buena obra; pero sus trabajos tuvieron poco éxito, de suerte, que al zelo de san Vilebrod, y á los primeros años del siglo octavo se debe referir el establecimiento del christianismo en esta parte de la Europa. Pepino el antiguo acababa de conquistar la Frisia citerior, comprehendida entre el Mosa y el Rin, y apadrinó con todo su poder la empresa de san Vilebrod y de sus compañeros, á fin de desterrar la idolatría de la provincia que habia agregado al imperio frances, con cuya proteccion tan poderosa hizo el santo misionero grandes progresos, edificó iglesias, fundó monasterios, y continuó su carrera apostólica hácia el Norte hasta Dinamarca pueblo feroz, á quien no pudo ganar para Jesu christo. Otros dos santos misioneros franceses que pasaron á socorrer á los primeros que habian llevado el Evangelio á Frisia, perfeccionaron lo que los primeros habian empezado tan felizmente. El uno era san Vulfrando, natural de Gationis, elevado despues á la silla de Sens, que

abandonó por consagrarse á la conversion de los infieles, y el otro san Gregorio, hombre del mas alto nacimiento, y emparentado con la familia real. Continuaron la obra de san Vilebrod, que murió en 739, despues de haber establecido su silla y el centro de esta nueva iglesia en Utrecht, y fué el primero que le ocupó. Sus trabajos, sus milagros y el exemplo de sus virtudes hicieron tan floreciente esta mision, que ambas Frisias eran casi enteramente christianas quando Carlo Magno subió al trono de Francia.

La Alemania, en donde el christianismo habia entrado en los siglos antecedentes, estaba sepultada en las tinieblas de la idolatría, ya por la inclinacion natural de los pueblos, ya por falta de instruccion. Es menester considerar este dilatado pais como una tierra absolutamente inculta, que necesitaba obreros evangélicos para desmontarla; y tambien sacó Dios de Inglaterra al apóstol que le destinaba, conocido por el nombre de Bonifacio, á quien recibió de orden del papa Gregorio II., quando este pontífice le dió la ordenacion episcopal, bien que su nombre propio y nacional era Ovinfrid. Nació en el año 680, y habiéndose consagrado desde la infancia á la vida monástica, fué elevado al sacerdocio de edad de treinta años, despues de haber gastado todos los precedentes en el estudio de las ciencias eclesiásticas con los mejores maestros de su tiempo. Entónces fué quando sintiéndose animado del deseo de trabajar en la conversion de los idólatras, pasó á Roma para recibir de la cabeza de la religion la autoridad que necesitaba para entregarse á esta grande empresa. La Turingia, la Saxonia, la Baviera y las demas partes de la antigua Germania fueron el teatro de sus predicaciones, y en ellas encontró su zelo obstáculos de todos géneros: el rigor del clima, la aspereza de los caminos, el rigor de las estaciones, la rusticidad de los pueblos y su inclinacion al culto de los ídolos, tanto mas difícil de vencer, quanta era la fuerza que la ignorancia y la preocupacion dan á los errores envejecidos. Su ardor infatigable, su paciencia y su valor en quanto se ofrecia le hacian superior á todo, y lo que hubiera desalentado á otros infinitos, parecia que á el le daba nuevas fuerzas. La contradiccion que mas sintió, y que mas impidió la felicidad de su mision fué la que experimentó de parte de algunos doctores ignorantes y corrompidos, que entretenian á los antiguos chris-

tianos de estas provincias con opiniones muy arriesgadas, particularmente en hechos morales. Mas le molestaron estos hombres perniciosos en ser desengañados ó confundidos, que en ser instruidos los idólatras y convertidos los pecadores. Hizo muchos viages á Roma para conferenciar con los soberanos pontífices acerca del estado de las nuevas iglesias que habia fundado, y de vuelta á los lugares de su mision trabajó en el bien de las almas como si no hubiera hecho mas que comenzar. Aunque fixó su residencia en Maguncia, de donde habia sido hecho arzobispo, extendió su vigilancia á todas las iglesias de Alemania, cuya fundacion debia á su cuidado la mayor parte. Despues de tantas penas y sucesos maravillosos solo faltaba á este grande hombre una cosa para ser en todo comparable á los primeros predicadores del Evangelio, y era coronar su apostolado con el martirio, y Dios se la concedió en el año 755, á los treinta y seis de su episcopado. Estando descansando debaxo de unas tiendas con sus compañeros y clérigos en un campo en donde estaba esperando á los neófitos, que se habian de juntar en él para recibir la confirmacion, cargó repentinamente sobre él y los suyos una tropa de paganos con las armas en la mano, y les quitó la vida pensando hallar mucho oro y plata en los cofres en donde estaban metidos los libros y las reliquias que el santo arzobispo llevaba ordinariamente consigo conforme al uso de aquel tiempo. Su cuerpo fué depositado primeramente en Utrecht, trasladado despues á Maguncia, y últimamente enterrado, segun su última voluntad, en la abadía de Fulda tan célebre despues, fundada por él junto al rio de este nombre. Todavía existen tres libros del número de aquellos que estaban en los cofres de que acabamos de hablar: el primero contiene la concordia de los evangelios, el segundo muchas obras de padres, entre otras las de san Ambrosio y de san Leon papa, el tercero es un libro de evangelios escrito, segun dicen, de mano del santo mártir.

Así reparaba Dios, por las nuevas conquistas hechas de la idolatría en el Norte de la Europa, las pérdidas que la Iglesia tenia cada dia en el Oriente, y llamando á nuevas naciones á la fe por medio de unos hombres animados del espíritu de los apóstoles, volvía á traer á la sociedad christiana á los pueblos que le habia quitado la heregía y el mahometismo.

ARTICULO V.

Heregía de los iconoclastas, sus principios, sus progresos, sus perjuicios y su condenacion.

La heregía de los iconoclastas, cuya historia vamos á delinear, es una de las mas funestas que agitaron á la Iglesia desde su origen. Merece la mayor atencion porque ha vuelto á dexarse ver en estos últimos tiempos con las mismas señales que la hicieron tan formidable antiguamente, y porque los doctores católicos han empleado, para refutar á los que la renovaron en el siglo decimoquinto, las mismas razones que los santos defensores de la fe en el octavo contra los enemigos del culto que la Iglesia dió siempre á las santas imagenes. Subamos al origen de este error, y procuremos descubrir las verdaderas causas.

Se refiere que la unidad de Dios era el dogma fundamental de la religion mahometana, y que en consecuencia de este principio en que el falso profeta habia puesto la basa de su doctrina, el horror del politeismo llegó á ser la virtud principal de todos sus sectarios. Del mismo modo habian pensado los judíos en todos los tiempos; pero mas que todo despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia, Dieron pruebas bien claras de su aversion á los ídolos en tiempo de los sucesores de Alexandro, en el de los macabeos, y esta disposicion se fortificó tambien quando gobernaban los príncipes asnomeos, y estaba en toda su fuerza el principio del christianismo. Pero quando el uso de las pinturas sagradas llegó á ser mas comun en la Iglesia, despues del reynado de Constantino, fué para ellos una cosa horrible el ver colocada con honor en nuestros templos la figura de un hombre, á quien ellos habian hecho morir en los tormentos. Esta conformidad de opiniones entre los judíos y los discípulos de Mahoma fué la primera causa de la horrenda tempestad que se levantó en la Iglesia con motivo de las santas imagenes, y del culto que se les habia dado. Un judío, que habia ganado algun crédito sobre el espíritu del califa Yesid II., supo persuadir á este príncipe crédulo y zeloso por su religion, que el medio infalible de prolongar su reynado seria proscribir las figuras pintadas, grabadas, ó de relieve, que se